

FICCIÓN VÍRICA E INMUNIZACIÓN SOCIAL EN LOS “PROYECTOS PILOTO” DE ENRIQUE BUENAVENTURA Y ENRIQUE LOZANO*

THE FICTION OF A VIRAL INFECTION AND SOCIAL IMMUNIZATION IN THE “PILOT PROJECTS” OF ENRIQUE BUENAVENTURA AND ENRIQUE LOZANO

Sandra María Ortega Garzón¹

* Artículo derivado del proyecto de investigación “La imagen animal como construcción del cuerpo enemigo: imaginarios del miedo”, institucionalizado en el Centro de Investigación y Desarrollo Científico de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Cómo citar este artículo: Ortega Garzón, S. M. (2022). Ficción vírica e inmunización social en los “proyectos piloto” de Enrique Buenaventura y Enrique Lozano. *Estudios de Literatura Colombiana* 50, pp. 107-125. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n50a06>

¹ <https://orcid.org/0000-0001-8851-8346>
smortegag@udistrital.edu.co
Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia

Resumen: Las obras *Proyecto Piloto* de Enrique Buenaventura y *Proyecto P* de Enrique Lozano proponen una ficción vírica en la que los ciudadanos de una sociedad infectada por el virus de la rabia mutan hasta convertirse en odiosas ratas, una imagen metafórica que refleja la deshumanización de la sociedad colombiana y las presentes políticas sobre la vida. Este artículo hace un análisis de la metáfora animal para llegar a una interpretación de la ficción vírica partiendo de los planteamientos de inmunización de Roberto Esposito, lo que lleva a revelar la existencia de un pensamiento inmunitario en la sociedad colombiana que acarrea una política de la muerte.

Palabras claves: metáfora animal; teatro colombiano; inmunización social; violencia política; gobierno.

Abstract: The plays *Proyecto Piloto* by Enrique Buenaventura and *Proyecto P* by Enrique Lozano propose a fiction in which the citizens of a society infected by the rabies virus mutate to become hateful rats, a metaphorical image that reflects the dehumanization of Colombian society and the current policies on life. This article analyzes the animal metaphor to arrive at an interpretation of the viral fiction based on the immunization approaches of Roberto Esposito, which leads to reveal the existence of an immune thought in Colombian society that carries a policy of death.

Keywords: animal metaphor; Colombian theater; social immunization; political violence; government.

Editores: Andrés Vergara Aguirre, Christian Benavides Martínez

Recibido: 14.08.2021

Aprobado: 26.10.2021

Publicado: 17.01.2022

Copyright: ©2022 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#)



Este pedazo del mundo es la evidencia de que la irresponsabilidad
humana puede ser un arma de destrucción masiva
Enrique Lozano (2008, p. 196)

Introducción

Al otro lado del mundo, en los primeros días de agosto del 2018, después de haber participado en un performance por “la vida, el amor y la verdad en Colombia”, que buscaba visibilizar ante la comunidad internacional las muertes de, en aquel entonces, 435 líderes sociales en el país después de la firma del acuerdo de paz, llegó a mi mente *Proyecto Piloto* (1991), una obra de Enrique Buenaventura fuertemente crítica que dibuja una sociedad de un club cercado por la muerte, en manos de un presidente poco eficaz y enfrentada a una crisis inmunitaria, ya que sus habitantes están sufriendo las consecuencias de un virus que los convierte en ratas. Hoy, tres años después, veo el mismo performance con diferentes actores, y vuelve a mí mente la misma obra. Me doy cuenta, entonces, que nuestra historia se repite constantemente y que la obra teatral de Buenaventura refleja ahora más que nunca la situación actual del país, cercado por la muerte política de los líderes sociales asesinados, además de la muerte vírica por la pandemia del covid-19 que azota al mundo, con una sociedad empobrecida y rabiosa que grita en las calles y un Gobierno que toma decisiones nefastas.

El por qué llega a mi mente esta obra visionaria de lo que llegaría a ser la sociedad colombiana en el presente siglo con su estado de deshumanización rampante es un puzle de mi imaginación en el que el panorama de enraticamiento social dibujado por Buenaventura hizo nuevamente un clic junto al tema del “estallido social”. El ver en el performance tantos cuerpos regados por el piso me remitió al horizonte inmunitario social que está viviendo el país con la muerte de 1190 líderes sociales y defensores de Derechos Humanos (DD. HH.) asesinados desde los acuerdos de paz en 2016, y la de 70 jóvenes de la primera línea y otros ciudadanos desde el inicio del paro hasta el 15 de junio de 2021 (Indepaz, 2021). Por esto me interesa reflexionar en torno al país y al paisaje inmunitario que propone esta obra, junto a la versión libre que hace de la misma el dramaturgo Enrique Lozano (2005) con su obra *Proyecto P*, la cual actualiza la situación social a la época e intensifica la acción de una forma “si se quiere más política, más contemporánea” (Viviescas, 2008, p. 25).

Con el avance de la ciencia en el pasado siglo xx se desarrolla un lenguaje y pensamiento en torno al cuerpo, al sostenimiento y la prolongación de la vida que

acogen los términos de la medicina en la cotidianidad. Virus, antivirus, inmunización son algunos de ellos. La forma de ver el mundo se rige entonces por este pensamiento médico. A partir de allí, la humanidad se preocupa y ocupa de la inmunidad de su cuerpo, de evitar el contagio y prolongar su existencia, tal cual acontece hoy con el covid-19. Lo mismo sucede con el cuerpo social que se ocupa de combatir cualquier amenaza que busque desestabilizar el *statu quo*; de buscar la inmunización social con el descubrimiento de mecanismos adecuados para combatir la enfermedad.

El malestar de una sociedad por lo general radica en una amenaza exterior que irrumpe en el interior: “Alguien o algo penetra en un cuerpo —individual o colectivo— y lo altera, lo transforma, lo corrompe. [...] Lo que antes era sano, seguro, idéntico a sí mismo, ahora está expuesto a una contaminación que lo pone en riesgo de ser devastado” (Esposito, 2009a, p. 10). Esta es la temática de los “proyectos piloto” de Buenaventura y Lozano, un virus rábico que contamina la sociedad y la lucha de los dirigentes políticos de turno por encontrar un proyecto de gobierno que, de manera eficaz, contrarreste la enfermedad y acabe con la infección. El tema principal de estas dramaturgias es la inmunización, su conflicto, la amenaza que constituye un pueblo rabioso que pretende invadir el lugar de las clases altas que gobiernan el club e infectar a todos los socios y así cambiar el orden establecido.

El sentido de la frase “inmunización social” en este artículo se sustenta en la oposición comunidad/inmunidad planteada por Esposito (2018), la cual enuncia que la comunidad se opone al beneficio personal brindándose al otro, a lo común, mientras que, por el contrario, la inmunidad o la inmunización acoge el beneficio personal, la individualidad y lo privado. Es decir, “si la comunidad determina la apertura de las barreras de protección de la identidad individual, la inmunidad constituye el intento de reconstruirla en una forma defensiva y ofensiva contra todo elemento externo capaz de amenazarla” (Esposito, 2018, p. 1). Lo que nos lleva a plantear la “inmunización social” como la capacidad de un organismo de combatir o resistir cualquier ataque externo que busque romper las barreras del cuerpo social para alterarlo. Un sentido equivalente a la acepción médica de inmunidad que nos permite trazar el propósito de discutir los proyectos de inmunización social presentes en las obras en relación con las acciones de carácter inmunitario que se han dado y promovido a manera de imaginarios de bienestar y estabilidad en el país.

Considerando la anterior explicación y atendiendo a la función metafórica de las obras, es posible preguntarnos cuál es la amenaza o enfermedad que ataca la individualidad del cuerpo social, de dónde viene, cuáles son los proyectos inmunitarios que estas proponen para erradicarla, si es posible hablar de una enfermedad propia de la sociedad colombiana bajo la mirada de los citados dramaturgos.

Este artículo pretende responder a estos interrogantes y dar alguna suerte de prognosis evolutiva de la enfermedad a través de un análisis del lenguaje figurativo; para ello, en la primera parte examinará la amenaza del virus, los síntomas y las posibles causas de la enfermedad en las dos obras; en la segunda parte expondrá los tratamientos propuestos por los galenos y dirigentes de la crisis médica, y analizará el pensamiento inmunitario presente en la lucha contra la infección; en la última parte discutirá la inmunización social, la efectividad de los métodos de erradicación del virus y lo considerado “propio” o particular de la hidrofobia que ataca por oleadas a la sociedad colombiana.

La amenaza del virus

Las obras de Buenaventura y Lozano plantean la misma situación: la sociedad está sufriendo una epidemia por el virus de la rabia, sus ciudadanos se están enrateciendo y empiezan a dar indicios de la infección cuando su conducta se vuelve enajenada debido “al veneno inoculado por uno de esos asquerosos roedores” (Lozano, 2008, p. 167). En la metamorfosis de Buenaventura primero les sale pelo, luego pierden el sentido del deber haciendo caso omiso a consejos, les crecen las orejas y la cola, y finalmente, terminan su enratecimiento con ojos redondos, hocicos y actitudes mezquinas. Mientras que en Lozano el proceso es doloroso, con pequeñas quemaduras donde empieza a salir el pelo, hasta que, “por último, llega el día en el que uno amanece sin poder moverse. Paralizado por una quemadura general. La piel como una sola llaga. Cuando las fuerzas llegan al límite se pierde el conocimiento y al despertar ya no hay nada que hacer, ya no hay rastro de nuestra existencia anterior” (p. 158). La infección, en ambos casos, no solo cambia la actitud del individuo, sino que lo conduce a un cambio físico que lo ubica en el terreno de lo animal, lo degrada.

La degradación del enratecido en Buenaventura le produce goce a los infectados, ya que, “en lugar de subir, uno siente el placer de bajar. (*Se hunde un poco*) Cada vez más. (*Baja más*) Hasta descansar. (*Más todavía*) En el último nivel. (*Sólo se le ve la ca-*

beza) De la escala animal. (*Desaparece*)” (Buenaventura, 1997, p. 519). Este abandono plácido a lo animal representa en esta pieza una degradación de los valores humanos en la sociedad colombiana, situación que se empezó a dar en las primeras décadas del siglo xx con la creación de una brecha enorme entre las clases sociales. En ella, el clasismo, la segregación y el servilismo eran el plato de comida del pobre que veía cómo “las gentes con las que antes rozaban las aceras ya eran inalcanzables, vivían entre bellos jardines y deambulaban en automóviles privados” (Carrizosa, 2003, p. 51). Tal abismo evidenciaba un ambiente de hostilidad entre ambos extremos sociales que prontamente se vieron enfrentados con “garras y dientes” en las revueltas sociales y los enfrentamientos guerrilleros de las siguientes décadas.

El panorama de la obra captura la realidad de la sociedad colombiana que, dividida en polos opuestos —donde los ricos son cada vez más ricos y los pobres más pobres—, se alimenta de odios, desigualdades e injusticias, y sufre el desarrollo de un pensamiento inmunitario de orden social que acarrea innumerables violencias y muertes. Ideario que en el país aparece tempranamente en los años veinte del siglo pasado, época en la que un grupo de intelectuales empieza a “teorizar sobre el peligro que representaban las organizaciones populares y obreras para la ‘democracia’ y la ‘república’”. Un primer resultado de esas teorizaciones fue la Ley de Defensa Social, más conocida como ‘Ley Heroica’, promulgada en octubre 1928” (Calvo, 2008, p. 36), la cual penalizaba la protesta social con el propósito de prohibir o evitar la creación de organizaciones populares y obreras por el peligro que estas representaban contra los intereses de los poderosos y privilegiados. Este señalamiento creó una amenaza viral que luego pasaría a llamarse “enemigo interno”, el pueblo que reclama sus derechos se convierte en esa especie de enratecido que “pierde el sentido del deber” y al cual le crecen orejas enormes para escuchar las “ideas socialistas”.

Esta sociedad de bandos es capturada por la pluma de Buenaventura a través de la figura de la rata —que, asociada a lo ruín, nos trae la noción de avaricia de las clases altas, y de lo indigno, la miseria de las clases bajas— para dibujar unos enratecidos con privilegios y otros sin ellos. Una sociedad heredera de la violencia en contra de las luchas sindicales y populares ya mencionadas, de las revueltas sociales nacidas por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, cuando “el asesinato volvió a demostrar que, ante la defensa de sus intereses de clase, la oligarquía estaba por encima de los partidos” (Calvo, 2008, p. 80), pues aprovechando la IX Conferencia Panamericana

y el marco anticomunista mundial creado en ella, se culpa de la muerte de Gaitán al comunismo, otra amenaza para el Estado, el perfecto enemigo al cual se pueden arrojar todas las culpas para evitar las propias. Así nace una ficción vírica que sigue funcionando hasta el día de hoy, la del comunismo como un virus al cual se debe atacar por ser incompatible con el concepto de “libertad” importado de EE.UU.¹ Además de esto, después de las revueltas, un memorando del Departamento de Estado expresa la necesidad imperiosa de evitar la explosión rabiosa del populacho —causada por la enorme distancia entre los estratos altos y bajos de la sociedad— como una amenaza vírica para el Estado (Gilhodes, 1986, p. 260).

Más adelante, en la presidencia del conservador Laureano Gómez Castro (1950-1951), debido a la guerra política y religiosa que el entonces presidente encabeza contra los liberales, se crea otra horda de rabiosos, los “bandidos”, como este los llamó, autorizando ejecuciones cuando “se consideraran necesarias” (Calvo, 2008, p. 65). Estos “bandidos” o “bandoleros” pronto se convierten en una real amenaza para las élites bipartidistas cuando empiezan a pedir mejoras sociales, tierra y educación. Un nuevo virus rábico que se esparce pronto por el país y se separa de su primera cepa (la liberal) para crear otras nuevas e independientes en los años sesenta y setenta, “las guerrillas”. Después del Paro Cívico de 1977 se reavivan las alertas en contra de los rabiosos inconformes, se aumenta el grado de violencia en su contra y se inicia el periodo de la Guerra Sucia, al que se refiere Buenaventura.

En *Proyecto Piloto*, esa insostenibilidad social de los años ochenta y noventa es figurada a través del club (país) y sus miembros —las clases altas— que ven una amenaza vírica en los enratecidos —los pobres— que les han “declarado la guerra”, por ello se esfuerzan en acabar con los focos de infección fabricando diferentes raticidas que dejan “miles, miles, miles, de cuerpos resecos, los residuos de pelos, garras y colmillos” (Buenaventura, 1997, p. 516). La amenaza de este virus para las clases altas yace en el atrevimiento de estos enratecidos al trepar hasta sus hermosas casas y oficinas para tomar su lugar. El poder rábico del pueblo que vocifera por sus derechos posee la fuerza de la destrucción y del caos. Mientras que para la “sociedad animalizada”—subyugada— por la élite, la amenaza está en la ruindad y la avaricia de esta. Con la imagen del enrate-

¹ Desde el gobierno de Thomas Jefferson, EE. UU. se ha proclamado como un “imperio de libertad”, sostén de la libertad en el mundo, atribuyéndose el papel de juez benévolo e incluso de intervencionista altruista; sin embargo, lo evidente es que la idea de libertad se va transformando de acuerdo a los intereses políticos de cada gobierno y a su conveniencia para defender los intereses propios del Estado.

cimiento de la sociedad colombiana, Buenaventura señala la corrupción y mezquindad de sus élites dirigentes y revela la existencia de un modelo social que ha llegado para quedarse, un sistema neoliberal “que cambia derechos por servicios, produciendo un puñado de privilegiados y un manojito de marginados” (Pérez, 2015, p. 7). Con ello subraya el desequilibrio social y la degradación moral de la nación.

Por otra parte, en la versión libre que Lozano hace de la obra de Buenaventura el origen del virus rábico y su lugar de incubación es identificado prontamente: la epidemia fue un experimento científico-militar que se les salió de las manos al diligente detective Guerra Lamprea, nombrado Ministro de Defensa, quien buscaba complacer al Presidente X con la erradicación del mal que representaba “la asquerosa amenaza de los clanes terroristas” (Lozano, 2008, p. 196). Veamos:

MUERTE OPULENTA: Hace 38 años en uno de los focos de incubación terrorista —como denominaba Guerra Lamprea a los cordones de miseria de las ciudades—, un hombre recibió un regalo.

GUERRA: (*Sonriente*) El profundo beso de la rata.

MUERTE DE CUELLO BLANCO: En una noche oscura el rancho miserable de Piloto fue invadido por ratas infectadas.

GUERRA: La solución pasa por el cedazo de la ciencia. Con su ayuda convertiremos a estos asquerosos roedores en los más fieros soldados de la patria.

MUERTE OPULENTA: Piloto fue la prueba infortunada de un experimento secreto (p. 201).

Así, Guerra Lamprea, que solo buscaba “un país mejor” rescatando el poder del Estado de manos del “terrorismo” que se esparcía tan rápido como los roedores, se convirtió en el destructor de toda la sociedad que se iba enrareciendo por el contagio que había esparcido Piloto; no obstante, esto se convirtió en un secreto de Estado debido al “desafortunado suicidio” de Guerra Lamprea y a la extraña desaparición de todos los científicos que le ayudaron en el proyecto. La infección rábica que se esparce en Proyecto P sin duda actualiza la fábula de Buenaventura y representa la realidad del país que en esa época vivía la creciente fuerza que tomaban los grupos disidentes colombianos y el accionar de los grupos paramilitares. En esta pieza escrita en 2005, la amenaza está encarnada en los guerrilleros a quienes durante la presidencia de Uribe Vélez (2002-2010) se les quitó el status político para nombrarlos “terroristas”, de la misma forma que Guerra Lamprea, el Presidente X y los científicos representan al gobierno que intentaba acabar con los “focos de infección terrorista” mediante su experimento secreto para convertir a los “roedores en los más fieros soldados de la patria”, sus aliados paramilitares.

Los tratamientos y el pensamiento inmunitario

El riesgo biológico que representan los infectados en estas obras es gigantesco; por ello, una vez identificado el virus empiezan los experimentos científicos para erradicarlo. En Buenaventura, el Presidente del club —quien ha estado librando diferentes batallas epidémicas por largo tiempo contra las ratas— es un experto en producir venenos que licúan la sangre, que la vuelven espesa o que matan de hambre a los roedores. Mientras unos “se chupan, se secan como pasas y quedan patas arriba, en el puro esqueleto” (Buenaventura, 1997, p. 517), otros roedores producen anticuerpos que restan efectividad a los venenos; por eso, el Presidente considera las balas como el método más efectivo. Sin embargo, todos los métodos fracasan, la sociedad sucumbe, porque las ratas piensan:

Martha: ¡Por supuesto! Nos hemos creído los únicos seres pensantes en el planeta y, mientras el orgullo nos pone una venda en los ojos, ellas realizan un plan.

Alfredo: Desde cuándo.

Martha: ¡Ya! ¡Están enrateciendo la ciudad! (p. 541).

Los personajes descubren que las ratas tienen la capacidad de descifrar nuevas formas para evitar la aniquilación y anticipan la catástrofe. Finalmente, el Presidente y su mujer resultan enratecidos, convirtiéndose en “unas ratas gigantes. Las mayores de la especie. Las más evolucionadas” (p. 550), y terminan probando su propio veneno para morir.

En la obra, los focos de infección —los hervideros de ratas que crecen exponencialmente— hacen referencia al aumento de la pobreza, el desamparo y la desigualdad que vive la sociedad colombiana de la época, lo cual deriva en el aumento de la protesta social, las revueltas y las disidencias. Situación que a su vez pone en marcha los planes de tratamientos inmunitarios del Gobierno que, como se dijo antes, nacen de un pensamiento que ve en la protesta un mal social. Un ejemplo de ello, anterior a este periodo, es la ya mencionada promulgación de Ley de Defensa Social o Ley Heroica con el fin de ejecutar acciones represivas contra los insurrectos (Sánchez, 1989, p. 80). La ejecución de dicha ley ocasionó una lluvia de balas que, a modo de tratamiento inmunitario, el Ejército Nacional al mando del general Cortés Vargas esparció contra los trabajadores de la United Fruit Company que vociferaban por sus derechos. En ese fatídico 6 de diciembre de 1928 en la población de Ciénaga, los obreros recibieron el mismo tratamiento que las ratas de la obra.

En Colombia, al igual que en *Proyecto Piloto*, la invasión de los rabiosos que amenaza la sociedad no desaparece a pesar de las medidas creadas para restringir la ciudadanía, las cuales, en cambio, reviven las revueltas de los desposeídos que dan cuenta del surgimiento de un sujeto colectivo que en ocasiones se convierte en horda, en masa impulsiva concentrada “alrededor de la arenga, el discurso y la consigna” (Guerrero, 2014, p. 426), como sucedió en 1948 durante el Bogotazo cuando la fuerza rábica de la “chusma liberal”, avivada ante la infamia del asesinato de su líder, arremete contra la ciudad con desmanes a diestra y siniestra. El peligro de tal insurrección, que más adelante deriva en una guerra civil no declarada denominada “la Violencia” (1948-1957), dio pie a la creación de diferentes tratamientos inmunitarios, entre los más conocidos, las bandas parapoliciales llamadas “guerrillas de la paz” o más comúnmente “chulavitas”, “los contrachusmeros” y “los pájaros”, con su accionar sicarial; todas estas, patrocinadas por los conservadores y con apoyo político de autoridades y agentes del Estado. La bala de pistola o fusil es la vacuna hallada en esta época para acabar con los simpatizantes liberales, los insurrectos y líderes guerrilleros desmovilizados.

En los años sesenta, mientras el panorama de país cambiaba por la Violencia y las ciudades se convertían en lugares de hacinamiento y extrema pobreza, el presidente Guillermo León Valencia (1962-1966) utiliza el Estado de Sitio como mecanismo para aplicar el mismo tratamiento inmunitario. Mediante el llamado a las Fuerzas Armadas a “resolver” todas las amenazas al *statu quo* (incluidas las protestas sociales), les concedió un poder sin restricciones y justificó la intervención militar contra el pueblo (Calvo, 2008, p. 93). Por otra parte, los tratamientos contra los “bandoleros” “avanzan tecnológicamente”, se planean cuidadosamente (Operación Marquetalia y Plan Laso), se ejecutan con decisión, y al igual que en la obra de Buenaventura, se utilizan nuevos venenos: el ácido nafténico y ácido palmítico en forma de bombas (Calvo, 2008, p. 97) y nuevas armas, entre ellas, modernas carabinas y fusiles; napalm, metal y pólvora fueron los tratamientos usados contra el virus de los rabiosos que en los siguientes años muta en nuevas cepas, algunas de ellas inoculadas con el ADN marxista.

Adicionalmente, en esta época coge fuerza un pensamiento inmunitario, la Doctrina de Seguridad Nacional (DNS) que, según Calvo (2008), tenía una pobre base ideológica, “el bien contra el mal”, y empleaba las frases de “seguridad nacional” y “enemigo interno”, este último definido como un subversivo que actúa contra el sistema y su estabilidad al infiltrarse en el cuerpo social (p. 105). Las Fuerzas Armadas

condensan el poder bajo la premisa de la seguridad nacional y la idea del enemigo interno “infiltrado en la sociedad”. De esta forma se justifica la guerra militar contra el pueblo, que se ve involucrado sin estarlo. La seguridad nacional se vuelve Ley y la guerra, el objetivo del Estado. Por eso, en el Paro Nacional de 1977, cuando el pueblo obrero rabioso está movilizándose nuevamente en las calles, el presidente López no duda en aplicar el tratamiento antirrábico tradicional al ordenar la presencia de las tropas, lo que causa una masacre.

Así mismo, al siguiente año el nuevo presidente, Turbay Ayala, quien se nombra a sí mismo “guardián del orden público”, expresa que “el Gobierno tiene que asumir sus responsabilidades sin vacilar en las consecuencias” con tal de impedir “el imperio del motín”,² y con base en ello implementa una política de *seguritización* que eleva cualquier problema a asunto de seguridad nacional (Ramírez Bacca y Marín Arenas, 2015, p. 245). Bajo la excepcionalidad que le permite el estado de sitio, promulga el Estatuto de Seguridad Nacional para, a la par de combatir la guerrilla, prohibir la protesta social a través de la creación de nuevos delitos, entre ellos la organización de huelgas, la publicación y distribución de propaganda subversiva, entre otros, lo que resulta en una serie de detenciones masivas, desapariciones, un régimen de tortura y una violencia indiscriminada. Sin embargo, a pesar de emplear los crímenes de Estado como mecanismo inmunitario y servirse de un “estatuto del terror” que, al igual que en la obra de Buenaventura (1997), somete a “choques eléctricos, a sustos o al agua helada” (p. 540), los ciudadanos infectados por la rabia crecen y de la misma forma que en la dramaturgia “aguantan no sólo el hambre y la soledad, sino que desarrollan una voracidad por comprender... por dominar su circunstancia” (p. 540). La oposición y las guerrillas se fortalecen, lo que lleva a las elites en el poder y a las Fuerzas Armadas a cambiar su estrategia y optar por la Guerra Sucia.

Esta última estrategia es notoria en la presidencia de Betancur (1982-1986), ya que mientras promete un futuro promisorio al reconocer el estatus político de la guerrilla, ofrecer amnistía a sus presos e iniciar un proceso de paz, desarrolla una segunda agenda oculta en la cual florece el asesinato selectivo, las desapariciones forzadas y el exilio por motivos políticos. Este tratamiento inmunitario de la Guerra Sucia basado en el paramilitarismo, los escuadrones de la muerte y los sicarios (Calvo, 2008, p. 148) deja, como en la obra, “miles y miles de cuerpos resecos”, miles de campesinos despojados de

² Expresiones usadas en sus discursos y mensajes, los cuales fueron publicados por la Secretaría de Información y Prensa de la República en los años 1980.

sus tierras y miles y miles de nuevos desposeídos en el país, mientras prospera la alianza entre narcotraficantes, paramilitares y militares. Por ello la frase de Buenaventura (1997): “¡Las instituciones están enratecidas!” (p. 541).

El anterior panorama revela la lucha vírica de la que habla Buenaventura a través de su metáfora animal. La amenaza rábica que representan los desposeídos, las fuerzas obreras y las insurgentes es combatida por todos los medios posibles. El fin del Club-Estado es “matar ratas, eliminar enratecidos, acabar con el enratecimiento” (p. 534). Una metáfora que nos habla de un Estado gobernado por élites corruptas por el dinero del narcotráfico, el clientelismo y el ansia de acaparamiento, y unas Fuerzas Armadas politizadas al servicio de las primeras.

Por su parte, la obra de Lozano abandona el panorama histórico anterior y actualiza la metáfora de Buenaventura a los primeros años del 2000. En ella, pese a que el Presidente X ha experimentado junto a Miguel con diferentes venenos, las ratas mutan y se inmunizan rápidamente. Dentro de su afanosa búsqueda, encuentran un tóxico que al esparcirse produce una destrucción “tal que todo lo que entra en contacto con el cadáver termina con los mismos síntomas: hemorragia cerebral, pericárdica o torácica, sin signos previos” (Lozano, 2008, p. 189). La operación de su posible liberación es llamada “Proyecto P”. Esta metáfora de la infestación de ratas en la sociedad nos remite al embate del accionar insurgente guerrillero en el país, a los esfuerzos por combatirlo con un tóxico potente, al desarrollo y fortalecimiento del paramilitarismo durante los años 90 y 2000, cuando las otrora juntas de autodefensa promovidas por las Fuerzas Militares (FF. MM.), como estrategia consignada en el Reglamento de Combate de Contraguerrillas EJC-3-10 desde 1969,³ se convierten en ejércitos paramilitares. Ejemplo de ello son las Convivir,⁴ que se convirtieron en las Autodefensas Unidas de Colombia AUC en 1997.⁵

La vacuna creada para combatir el mal social resulta ser más tóxica que la misma enfermedad, dando como resultado numerosas masacres, desplazamientos forzados,

³ Este mismo Reglamento divide la subversión en “población civil insurgente y grupo armado’ [...]. Las huelgas, los paros, los movimientos de protestas son catalogados como ‘acciones políticas’ de la ‘población insurgente’” (Calvo, 2008, p. 177), lo cual traza un blanco sobre cualquier persona que reclame sus derechos o participe en movimientos sociales.

⁴ Asociaciones Comunitarias de Vigilancia Rural, grupos de autodefensa respaldados por las FF. MM. a las que el presidente Samper Pizano da estatus legal en 1994.

⁵ La mayor organización paramilitar en el país.

despojos de tierra, asesinatos selectivos, desapariciones, entre otros males. “Hoy en día uno de los mayores riesgos de nuestras sociedades radica en la excesiva demanda de protección [...] con el único fin de activar medios de defensa preventiva cada vez más potentes en su contra” (Esposito, 2018, p. 8). Ese es el riesgo que encuentran los gobernantes en la obra, conscientes de que dicho descubrimiento para acabar con la infección tiene un poder enorme que los seduce con diferentes pensamientos inmunitarios, cada uno más desquiciado que el anterior, que reflejan la gran complejidad de la sociedad. Sin sopesar o interesarse por los riesgos y seducidos por el poder, proyectan planes inmunitarios para acabar con las ratas, pero sacando el mayor provecho posible. El primero de ellos, el más “conservador”, es el del Presidente, quien prefiere no dar vía libre al proyecto ante la posible pérdida de la especie humana (pues él mismo ya ha sido alcanzado por el virus) junto a la ratonil, y en su lugar promulga el Decreto Tell, según el cual todos los habitantes deben obligatoriamente asistir al polígono para ensayar su puntería sobre la cabeza de un ser amado y cumplir con dos horas diarias de caza de ratas.

Este pensamiento radica en que la protección es responsabilidad de todos y la inmunización debe ser una acción ‘democrática’. Por esto insta a la participación activa de los ciudadanos en la cacería de ratas a riesgo de matar a su misma familia, una suerte de guerra civil. Este es un pensamiento autoinmunitario en el que la defensa de sí mismo puede constituirse en su propia derrota, y ante tal posibilidad, el único camino posible es la autodestrucción.

El segundo, el de Rosa, la hija mimada del presidente que no quiere mucho al “populacho” y que piensa que “a los contradictores hay que eliminarlos”, se manifiesta como un sueño de poder en el que se ve armada de un poderío militar gigante, la comandancia del “Ejército Rabioso de los Ciudadanos Coléricos”, dando órdenes y disparando a diestra y siniestra:

[...] de ahora en adelante declaro una batalla sin cuartel. Contra todo aquello que se mueva, contra todo aquello que respire, contra todo aquello que pretenda imponerse sobre cualquier otra cosa por pequeña, diminuta o minúscula que sea, contra todo aquello que acepte pasivamente su destino, contra todo aquello que no lo haga, contra todo lo que... Sea. Contra todo (Lozano, 2008, p. 188).

Ella, la privilegiada, se sueña con el poder rábico para acabar con todos y con todo, especialmente con los descartados y contradictores. En sus manos, el poder inmuni-

tario es el poder de la destrucción total. Un pensamiento totalitario en el que ella se autonombra soberana de la vida, quien tiene el poder sobre la vida del otro.

El tercero es el de Miguel, quien quiere tener el poder para que “su voz sea ley”. Sueña con ser el soberano para implementar el “Proyecto P” a toda costa, no sin antes tener “la posibilidad de delimitar áreas seguras. Áreas a salvo de la destrucción del Proyecto. Podremos comenzar todo de nuevo. Podremos eliminar el mal del todo y salvar a unos pocos. Entre los cuales, por supuesto, estaríamos nosotros y nuestras familias, ¿no?” (p. 171). Su sueño es el de una nueva raza, una nueva nación creada con los elegidos, los privilegiados, una especie de “tanatopolítica nazi [que] trabaja en una absoluta separación entre el cuerpo sano, puro, íntegro y el cuerpo enfermo” (Esposito, 2009b, p. 139). Miguel se nombra a sí mismo el salvador y se inviste con las medallas del héroe, pero no para salvar a la comunidad, sino para instaurar una economía del biopoder, la del clasismo, para regular la muerte y “hacer posibles las funciones mortíferas del Estado. [...] ‘la condición de aceptabilidad de la matanza’” (Mbembe, 2011, p. 23).

El cuarto y último, el de la esposa del Presidente, no está muy alejado del anterior, pues ella sueña con reemplazar a su esposo en el poder para aprobar el “Proyecto P” y dejar áreas libres del tóxico donde la sociedad civil pueda refugiarse. Aunque se pierdan las vidas del personal involucrado, entre ellos su esposo, los científicos y los militares, ella sueña con salvaguardar “la vida” mediante el sacrificio de una porción de la sociedad. Su pensamiento inmunitario consiste entonces en considerar la vida “el valor por excelencia, el valor absoluto, al cual cualquier otro debe estar subordinado, [...] [así] el sacrificio de una porción de vida pueda ser necesaria para el desarrollo de este valor” (Esposito, 2009b, p. 136). Pero este pensamiento inmunitario, en apariencia loable, es instrumental. El sacrificio de la vida aquí habla de un pensamiento utilitario, atado a la modernidad, “a la cosificación entendida como el *devenir-objeto* del ser humano o a la subordinación de cada cosa a una lógica impersonal y al reino del cálculo y la racionalidad instrumental” (Mbembe, 2011, p. 24). El sueño de la futura nueva mandataria es el de la necropolítica, exponer a los otros a la muerte mientras rentabiliza su desaparición apoderándose del lugar de su esposo. Para ella el sacrificio de la vida es un mal necesario.

El anterior panorama nos habla de múltiples pensamientos y planes inmunitarios que reflejan de muchas maneras la situación social del país desde finales del siglo xx

hasta el presente. Los años noventa, que iniciaron con el plan de Apertura Económica y cerraron con la implementación del neoliberalismo como sistema económico y pensamiento político, causaron el aumento considerable de la pobreza, la quiebra de muchas industrias, la privatización de muchas otras, entre ellas una buena mayoría propiedad del Estado, la privatización de los bancos, el aumento del desempleo, la precarización de los salarios a causa del subempleo o la tercerización de la contratación, el incremento en la tarifas de bienes y servicios que pasan a manos de privados, etc. Todas estas medidas crearon un enorme caldo de cultivo de inconformidades y acrecentaron los motivos de rebeldía de la lucha guerrillera que aumentó su accionar, para lo cual los gobiernos implementaron diferentes planes y proyectos inmunitarios, entre ellos el Plan Colombia, lanzado por el presidente Pastrana (1998-2002), que permitió la intervención militar, política y económica de EE. UU. en el país. El plan aparentaba, al igual que en gobiernos anteriores, traer bienestar y estabilidad a través de la reactivación social y económica, la lucha contra el narcotráfico y el fin del conflicto armado. Sin embargo, en realidad fue un plan para militarizar al país, ya que el 85% de los recursos estaba destinado al fortalecimiento del aparato bélico, es decir, el Plan Colombia fue un plan para la guerra.

Otro programa fue el Plan Patriota del presidente Uribe Vélez, un plan militar muy extenso que buscaba “doblegar la voluntad de lucha de los grupos narcoterroristas” —nombre dado en esta época a los grupos guerrilleros—. Este mecanismo inmunitario hizo parte de la Política de la Seguridad Democrática, la cual establece que:

Todo el aparato estatal y la población deben estar al servicio del esfuerzo militar y político del Estado para derrotar a los terroristas y se debe otorgar los más amplios poderes a las Fuerzas Militares para vencer al “enemigo terrorista”. Debe reajustarse los recursos judiciales, las facultades de la Corte Constitucional y de los órganos de control del Estado para que no sean un obstáculo de la acción del Poder Ejecutivo en la guerra contra el terrorismo. La política de seguridad democrática implica entonces el rediseño del Estado y una militarización de la sociedad (Comisión Internacional de Juristas, 2005, p. 16).

Esta política instituyó un pensamiento dicotómico amigo-enemigo que buscaba desterrar todo opositor a su noción de “cuerpo social”, castigar a los insurrectos (Betancur, 2006, p. 182) y estigmatizar a los revoltosos; además entronizó un modelo de Estado “comunitario”, no en el sentido de la *communitas* de Esposito, sino uno “neocorporativista” que privilegia relaciones económicas y políticas “entre un número relativamente reducido de grupos o gremios y el Estado” (Peña, 2006, p. 143) para obtener dividendos.

Los pensamientos inmunitarios que se desprenden de los anteriores planes de gobierno tienen todo que ver con los de la obra de Lozano. Para acabar con las oleadas de enraticados que amenazan el *statu quo*, se involucra a la sociedad civil en el conflicto (en Lozano se obliga a los ciudadanos a participar en la caza diaria de ratas), se ponen al servicio de la guerra las otras ramas e instituciones del Estado (en la obra participan ejecutivos, científicos y militares), se amplían los poderes de las FF. MM. y se emplea toda la fuerza “tóxica” que se tiene a disposición, incluyendo el poder paramilitar (en Lozano se implementa el “Proyecto P”). Sin importar las vidas que deban ser sacrificadas en esta empresa, lo importante es que quede en pie la élite gobernante.

La inmunización social

Si bien los cuerpos infectados (físicos y sociales) representan por sí mismos la amenaza, el terror viene en realidad con el contagio —la posibilidad de verse convertido en un otro expropiado de su propio cuerpo o, para el caso de las obras, de su propio pensamiento—, con la infección por la rabia del “populacho” que clama por sus derechos, por la comunidad y lo comunitario, a la vez que se opone a lo privado, lo individual y elitista (en Buenaventura), o con la rabia de las fuerzas disidentes que contaminan al pueblo con sus ideas comunistas (en Lozano). Por esto, el deber de los dirigentes siempre será implementar la cura para la enfermedad social, con el fin de que el “estado de las cosas” se restituya, vuelva a su origen, que lo reconocido como propio siga siéndolo, mientras lo ajeno, lo conspirativo, debe ser expulsado con tal de evitar cualquier desviación del cauce que se ha trazado en pro del “bien común”. De este modo, “La enfermedad, el virus que vive entre nosotros, es el modo de nombrar y de narrar ese descentramiento” (Giorgi, 2009, p. 30), esa inestabilidad de un Estado instituido.

Como hemos visto a través de los personajes de las obras, aunque los pensamientos inmunitarios son diversos, todos ellos concuerdan en la aniquilación de aquello que amenaza “lo propio”, el bienestar establecido, la salud general de Estado. Eso es lo que discuten las obras de Buenaventura y Lozano, el pensamiento inmunitario de los gobernantes del país. En la primera dramaturgia, la amenaza del enraticamiento social es un problema de Estado, ya que el número de los no privilegiados, los que están fuera del “club”, de la élite, crece exponencialmente cada día obligando a los privilegiados a combatir su proliferación con el “poder mortal de los venenos y

los disparos”. Sin embargo, ninguna táctica funciona porque al parecer se está propagando otra cepa más agresiva que la anterior, la que llega a las clases altas bajo el rostro de la corrupción, la avaricia y el ansia de poder. Así, a mayor pobreza de los no privilegiados, mayor riqueza de los privilegiados. A mayor miseria, mayor ruindad. La enfermedad permanece. Es la rueda sin fin en la que corre la rata en su propia jaula.

En el segundo caso, el de la obra de Lozano, el pensamiento inmunitario del primer presidente, el Presidente X, quien promulga que “la paz se obtiene cuando las instituciones aterran y disuaden al delincuente y ganan la confianza ciudadana” (Lozano, 2008, p. 199), expresa un pensamiento ofensivo, guerrerrista, que busca inyectar el antivirus del terror ante la amenaza que representan esos “grupúsculos armados que se reproducían a una velocidad tan asombrosa como la de los roedores” (p. 199). El pensamiento del detective Guerra Lamprea, quien les exige a sus subalternos resultados positivos o “mejor que ni regresen” (p. 198), expone un pensamiento pragmático y materialista, en el que lo importante son los resultados. De estos dos planes, el mecanismo disuasivo del terror y la meta de una ejecución efectiva, se da la implementación del “Proyecto P”, el cual falla rotundamente, ya que empeora la infección y termina enrateciendo a toda la sociedad.

La inmunización social que propone la obra de Lozano remite a la realidad colombiana que bajo la Seguridad Democrática implementó una política de guerra contra la amenaza terrorista, en la que se exigía, al igual que en la obra, “mano recia”, la cual fue criticada duramente por su exigencia de eficacia a los soldados combatientes al pedir resultados positivos en número de bajas al enemigo, lo que provocó que estos recurrieran a ejecuciones extrajudiciales de civiles para pasarlos por combatientes, fenómeno bautizado con el eufemismo de “falsos positivos”. También el hecho de concederle poderes amplios a las FF. MM. endureció la guerra y amplificó el virus del paramilitarismo que ya venía en ascenso. Sin embargo, a diferencia de la obra de Buenaventura, en la que todos resultan enratecidos, en la de Lozano quedan en pie Miguel y la esposa del presidente con el proyecto de las zonas seguras; los dos que siempre pensaron salvarse a sí mismos sin importan cuantos otros tuvieran que morir. Esta situación nos plantea la existencia de una especie más infecciosa y devoradora que la de la rata, a saber, la de este hombre-élite que “encontrará siempre cómo depredar y vencer”, y lanza una grave pregunta: “¿Pero a qué costo y hasta cuándo?” (Lozano, 2008, p. 210).

Conclusión

En las obras de Buenaventura y Lozano, la nación colombiana se dibuja como una sociedad infecta por la rabia, una enfermedad que obliga a luchar unos contra otros, que parece incurable a medida que una cepa más fuerte sucede a las otras, y que, ante la falta de un tratamiento, empuja a los ciudadanos al aniquilamiento del otro. En ellas, el “sentimiento desesperanzado de sentirse envuelto en un proceso de deshumanización, exacerbado por el constante sitio de la muerte” (Rizk, 2018, p. 182), pone en marcha el pensamiento inmunitario que imagina los planes más macabros para acabar con los enraticados, para expulsar aquello que amenaza el cuerpo social, aunque, como en la vida real, tal protección inmunitaria resulte más peligrosa que el mismo mal y acabe con todo aquello que se pretendía proteger.

Estas obras aluden también a los procesos de inmunización social que ha sufrido Colombia en las últimas décadas y en el presente, con el asesinato de los líderes sociales, comunitarios y defensores de derechos humanos, y ahora con los jóvenes de la primera línea, considerados una especie de “nueva peste” para el *statu quo*, ya que estos abogan por la comunidad, por los desposeídos, por la restitución de derechos como la tierra, la salud, el trabajo y la educación. Derechos que se encuentran en manos privadas a causa del sistema neoliberal que privatizó recursos y servicios y produjo el acaparamiento de tierras para su fetichización y el servicio de las multinacionales que satisfacen el mercado global. En el mundo actual se han desvanecido los pensamientos del vivir “con” y “en relación al otro”, del intercambio recíproco y de la identidad en común (de la *communitas*), ya que se “ha tendido a excluir el bien común, esto es, el de todos, o al menos a reducirlo cada vez más en favor de una dialéctica entre lo privado y lo público destinada a ocupar progresivamente toda la escena social” (Esposito, 2018, p. 12).

El panorama de la sociedad colombiana que capturan los autores es el de una sociedad en desequilibrio abismal entre quienes tienen privilegios de clase y patrimonio, las élites corruptas y aquellos que no poseen nada. Un panorama que figura un retroceso, una sensación de que allá afuera no hay nada más que un ideal de consumismo excesivo y acaparamiento globalizado que “favorece las opciones autoritarias que se imponen por todas partes” (Alba, 2017, p. 34) y alimenta odios e injusticias.

A través de la metáfora, las obras *Proyecto Piloto* de Enrique Buenaventura y *Proyecto P* de Enrique Lozano representan la realidad colombiana de sus respectivas

épocas, y describen un panorama de una élite gobernante infecta por el poder, la corrupción y la deshumanización que ve al “otro” —al despojado y al disidente— bajo una mirada paranoica y conspirativa que la lleva a defenderse de una posible usurpación de su poder, la amenaza de la infección. En estas, la ficción vírica expone los diferentes pensamientos inmunitarios presentes en la sociedad colombiana, los cuales acarrearán una política de la muerte y manifiestan un espíritu destructivo que provoca múltiples violencias, entre otras la estatal y paraestatal, la ideológica, la política y la socioeconómica. Buenaventura y Lozano critican precisamente esas violencias y ese planteamiento destructivo de la sociedad que no permite acoger al otro. Si, como dice Esposito (2009b), “nuestras sociedades lograran acoger y proteger más, justamente a quien es más ajeno y a quien es más indefenso, como lo es precisamente un niño que está por nacer, nos encontraríamos seguramente en un mundo mejor” (p. 138).

Referencias bibliográficas

- Alba, S. (2017). Retrocesos, repeticiones y restas. En *El gran retroceso* (pp. 17-34). Bogotá: Planeta.
- Betancour, M. S. (2006). Del Estatuto de Seguridad al estado comunitario: veinticinco años de la criminalización de la protesta social en Colombia. *OSAL, Observatorio Social de América Latina* VI (19), pp. 179-185.
- Buenaventura, E. (1997). *Proyecto Piloto*. En *Teatro Inédito* (pp. 513-550). Bogotá: Presidencia de la República.
- Calvo, H. (2008). *Colombia, Laboratorio de embrujos. Democracia y terrorismo de Estado*. Madrid: Foca.
- Carrizosa, J. (2003). *Colombia de lo imaginario a lo complejo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Comisión Internacional de Juristas. (2005). *Colombia, socavando el estado de derecho y consolidado la impunidad*. Bogotá: CIJ.
- Esposito, R. (2009a). *Immunitas: Protección y negación de la vida*. Buenos Aires - Madrid: Amorrortu.
- Esposito, R. (2009b). Biopolítica y Filosofía (entrevistado por Vanessa Lemm y Miguel Vatter). *Revista De Ciencia Política* 29 (1), pp. 133-141. Recuperado de <http://ojs.uc.cl/index.php/rcp/article/view/11180> [26.10.2021].
- Esposito, R. (2018). Inmunidad, comunidad y biopolítica. *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research* 1 (182), pp. 1-13.
- Gilhodes, P. (1986). El 9 de abril y su contexto internacional. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* 13-14, pp. 239-260.

- Giorgi, G. (2009). Después de la salud: la escritura del virus. *Estudios: Revista de investigaciones literarias y culturales* 17 (33), pp. 13-34
- Guerrero, J. (2014). *El proceso político de las derechas en Colombia y los imaginarios sobre las guerras internacionales 1930-1945*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Indepaz. (2021). *Boletín paro nacional 2021. Cifras de la violencia*. Recuperado de <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2021/06/Bolet%C3%ADn-Indepaz-Cifras-Paro-Nacional-15-06-2021.pdf> [15.06.2021].
- Lozano, E. (2008). *Proyecto P*. En *Teatro Escogido. Antología* (pp. 147-210). Cali: Universidad del Valle.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- Peña, V. (2006). La política comunitaria de Uribe Vélez. *Derecho y Realidad* 7, pp. 139-152.
- Pérez, A. (2015). Enrique Buenaventura y su obra Proyecto Piloto. *Dimensiones* 35, pp. 6-8.
- Ramírez Bacca, R. y Marín Arenas, L. D. (2015). Seguridad e Ideología en Colombia, 1978-1982: análisis crítico del discurso de Julio César Turbay Ayala. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 20 (2), pp. 241-269.
- Rizk, B. (2018). Modernity in crisis: Enrique Buenaventura and the New theatre. En *Theatre and Cartographies of Power: Repositioning the Latina/o Americas* (pp. 173-185). Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Sánchez, R. (1989). *Historia política de la clase obrera en Colombia*. Bogotá: La Rosa Roja.
- Viviescas, V. (2008). Tensión corrosiva del material y del fragmento en la escritura dramática de Enrique Lozano. En E. Lozano. *Teatro Escogido. Antología* (pp. 7-18). Cali: Universidad del Valle.